

Biopoder, alimento y espacio

Biopower, food and space

Hilda E. Kurtz

University of Georgia (USA)

Traducción de Ezequiel Martínez Llorente

RESUMEN

Este trabajo considera esquemáticamente el ejercicio del biopoder en la regulación de la comida y la bebida, examinando la espacialidad del biopoder y de la biopolítica a partir de sus manifestaciones en las sucesivas regulaciones de dos tipos de bebida clave: las bebidas alcohólicas y la leche líquida. En la práctica, el trabajo analiza las leyes de la abstinencia del siglo XIX y la pasteurización obligatoria de la leche en los Estados Unidos durante el siglo XX, haciendo hincapié en las estrategias espaciales por las que el biopoder extendió su dominio del tracto intestinal a diferentes terrenos políticos. El artículo sugiere que la resistencia biopolítica desarrolla a su vez estrategias espaciales.

PALABRAS CLAVE: Biopoder, biopolítica, leche, pasteurización, abstinencia

ABSTRACT

This paper schematically considers the exercise of biopower in the regulation of food and drink, tracing the spatiality of biopower and biopolitics as they play out in the trajectory of regulation of two key types of beverage: alcoholic beverages and fluid milk. Empirically, the paper considers 19th century temperance laws and 20th century mandatory milk pasteurization in the United States, highlighting the spatial strategies by which biopower's reach into digestive tracts

was extended across political territories. The account suggest that biopolitical resistance enacts spatial strategies as well.

KEY WORDS: Biopower, biopolitics, milk, pasteurization, temperanzace

INTRODUCCIÓN

La influencia catalizadora de Michel Foucault en la teoría social experimentó un renacer con la traducción al inglés de sus lecciones en la Universidad de París a comienzos de la primera década del siglo XXI (Foucault 2003 y 2008). Entre los conceptos tratados en esas clases, posiblemente ninguno ha contado con una difusión tan amplia (al menos entre los especialistas anglo-americanos) como el de biopoder, es decir, el poder que toma como objetivo la biología humana. Los geógrafos y otros científicos sociales se han inspirado en las conclusiones de Foucault sobre el biopoder para (re)teorizar sobre cuestiones como la política migratoria (Braun 2007), el territorio (Elden 2007), la política de izquierdas (Hannah 2011; ver también Schlosser 2008), así como sobre asuntos más claramente vinculados a la biología como la biotecnología (Brooks 2005), o el papel de la ciencia genética en la vida contemporánea y futura (Rose 2001 y 2006). La formulación positiva que hizo Foucault del biopoder y de la biopolítica ha sido confrontada a la visión más negativa de Agamben sobre el biopoder, lo cual ha dado pie a algunas reflexiones estimulantes y muy teóricas sobre la naturaleza del poder.

En este artículo, tomo las ideas del biopoder y de la biopolítica de Foucault en un sentido más corporal, al considerar el ejercicio del biopoder y de la biopolítica en la regulación de la comida y la bebida. Al hacer esto, parto de la opinión de Agamben de que uno de los puntos fuertes del análisis de Foucault es la atención que le presta a los “modos concretos en los que el poder llega a penetrar en los cuerpos y formas de vida de los sujetos” (1998: 5). La industria alimentaria, como sistema basado en la superación de los límites de los procesos naturales (Whatmore 1995), ejerce un poder cada vez más dominante sobre la biología de los seres humanos y de otros animales, así como sobre la botánica de múltiples cultivos agrícolas. Los estudios interdisciplinarios agroalimentarios han examinado la actuación del biopoder a través de dominios como, por ejemplo, la imposición de la pasteurización láctea (Paxson 2008; Speake 2010; Kurtz, Trauger y Passidomo 2013), los avances en la biotecnología agrícola (Brooks 2005; Herring 2007; Schlosser 2008; Nally 2011), o el rol de la ciencia genética en

la cría de ganado (Holloway et al. 2009). Mientras que una literatura floreciente sobre iniciativas y movimientos alimentarios alternativos critica la influencia creciente que ejerce un sistema alimentario industrializado en diversos dominios de la vida, pocos de estos trabajos llegan a conceptualizar el activismo alimentario como una resistencia al biopoder, como un ejemplo de biopolítica.

En un trabajo reciente, no obstante, Kurtz (2015) demuestra lo fructífero que puede ser entender la política alimentaria como biopolítica, para así llamar la atención sobre cómo y dónde se llevan a efecto el biopoder y la biopolítica. Kurtz esgrime el caso de una ordenanza local sobre “soberanía alimentaria” para insistir en la importancia de investigar la cuestión de la biopolítica desde los diferentes espacios y niveles de la regulación y el gobierno. Su análisis resalta en primer lugar que, en su ejecución, el biopoder se ve constreñido por las normas de los territorios en los que se implanta, y en segundo lugar, que la resistencia biopolítica al biopoder está determinada en parte por las palestras existentes para el ejercicio del poder. De forma paradójica, incluso estrategias políticas como la ordenanza local sobre soberanía alimentaria aludida, que muchos considerarían “radical y heterodoxa”, opera sin embargo dentro de un reparto previo del poder político, al mismo tiempo que desafía ese reparto de poder.

De forma significativa, la biopolítica se aplica en contextos específicos, articulada de acuerdo con unos propósitos particulares (el beneficio, la autonomía), y queda definida por las diversas modalidades de poder. Los espacios donde se redactan las leyes sobre seguridad alimentaria, por ejemplo, se presentan divididos por las tensiones entre los conocimientos científicos y los no especializados, así como por las diferentes posiciones dentro del espectro político. Los efectos de las normativas sobre seguridad alimentaria tienen su incidencia a su vez en una infinidad de espacios, determinados por los usos y costumbres de la agricultura, los recursos naturales, las normas de la comunidad, los hábitos de compra, y por supuesto la preparación y el consumo de los alimentos.

En este trabajo, sintetizo y amplío los argumentos de Kurtz (2015), analizando la espacialidad del biopoder y de la biopolítica en las diferentes regulaciones aprobadas a lo largo del tiempo sobre dos tipos de bebida clave: las bebidas alcohólicas y la leche líquida. Este artículo examina estas evoluciones de forma esquemática para considerar el alcance espacial de las leyes de la abstinencia que culminaron en la Prohibición a escala nacional (con su posterior revocación), y la expansión de la pasteurización obligatoria de la leche en diversas jurisdicciones de los Estados Unidos. El estudio sobre cada una de estas cronologías es necesariamente incompleto, y así pues me centro para concretar en la expresión

espacial del biopoder, y en los espacios de resistencia que se crearon frente a él en tales ocasiones. Mi objetivo es subrayar la utilidad de la interpretación espacial de la biopolítica, a fin de sugerir futuras líneas de investigación sobre la biopolítica de los sistemas alimentarios. A medida que proliferan las regulaciones sobre agricultura y alimentos, es importante aportar perspectivas críticas que se apoyen en las formas de poder ejecutadas, sobre los fines y las consecuencias de las mismas.

En los siguientes apartados, hago un breve repaso general de las cuestiones del biopoder y de la biopolítica, según las entendió Michel Foucault, y luego paso a considerar la actuación del biopoder y de la biopolítica en la regulación de la comida y la bebida. Aun cuando la relevancia del biopoder en los sistemas alimentarios trasciende la esfera de las leyes sobre agricultura y alimentos, este artículo se centra en los regímenes normativos para subrayar la espacialidad del biopoder y de la biopolítica.

BIOPODER Y BIOPOLÍTICA

Foucault empleaba el término biopoder para referirse a las diversas manifestaciones del poder que centran su interés en las dinámicas de la población y en la salud pública. Según el análisis de Foucault, que arranca en las postrimerías del siglo XVIII, los procesos vitales de la existencia humana se perfilaron entonces como objetivos del poder político, algo motivado en gran medida por la preocupación de los Estados por la productividad económica de sus ciudadanos. Este poder –el biopoder– deriva en parte de las estadísticas demográficas que volvieron legible a la población; una vez que empezaron a conocerse las cifras de natalidad, mortandad y enfermedades, diversas instituciones, innovaciones y regulaciones pudieron modificar esos datos. Tanto el desarrollo como la utilización de las estadísticas demográficas coincidieron además con los avances en las ciencias biológicas y en la medicina clínica, que ofrecían técnicas y tecnologías útiles para comprender mejor y potenciar la salud humana.

Mientras que el biopoder se localiza a menudo en el aparato del Estado, su alcance se extiende a un sinfín de organizaciones e instituciones. La atención central que el biopoder le dedica a la vida humana dio origen a “técnicas, tecnologías, expertos y aparatos” (Rose 2001: 1) que “coordinan la atención médica, centralizan la información, estandarizan el conocimiento [...] enseñan higiene [...] y medicalizan a la población” (Foucault 2003: 241). Desde una perspectiva geográfica, vale la pena hacer notar que los esfuerzos por coordinar la

atención sanitaria, centralizar la información e impartir clases de higiene y similares tienen lugar siempre en escenarios particulares que dependen de normas vinculadas al ejercicio de una profesión. Así pues, para comprender de una forma cabal la acción del biopoder, parece esencial examinar las intersecciones del biopoder con otras modalidades de jerarquía y orden (por ejemplo, el poder) que determinan los resultados de tales instituciones.

Significativamente, el ejercicio del biopoder es con frecuencia impugnado. Numerosos especialistas emplean el término biopolítica para referirse a las muchas formas de lucha política sobre el ejercicio del biopoder por parte de actores pertenecientes o no al Estado. La formulación de biopoder y de biopolítica de Foucault ha dirigido la atención de muchos especialistas hacia “los modos concretos en los que el poder llega a penetrar en los cuerpos y formas de vida de los sujetos” (Agamben 1998: 5). Asimismo, la biopolítica, entendida aquí como las varias formas de lucha contra la imposición del biopoder, se lleva a cabo en enclaves y escenarios particulares definidos por una desigual correlación de fuerzas. Los geógrafos llevan mucho tiempo estudiando los movimientos sociales y el activismo poniendo sus miras en el rol jugado por el espacio, el lugar y las escalas geográficas para dar forma a la lucha política (Nichols, Miller y Beaumont 2010), y por tanto no supone dar un gran salto reconocer que la biopolítica, como modo de lucha, queda determinada de algún modo por su vinculación con los espacios, lugares y escalas donde el biopoder se ejerce y es resistido.

DISCURSOS Y ESPACIOS DE PRÁCTICA

Rabinow y Rose (2006) y Holloway et al. (2009) ofrecen respectivamente diferentes dimensiones de un marco útil para investigar el ejercicio del biopoder, así como la ulterior contestación biopolítica sobre “los modos concretos en los que el poder llega a penetrar en los cuerpos y formas de vida de los sujetos (Agamben 1998: 5). Rabinow y Rose (2006) señalan las dimensiones clave de los discursos mediante los que se constituyen el biopoder y la biopolítica. Holloway et al. (2009) se centran en las escalas geográficas de práctica integradas, donde se imponen esos controles sobre la vida biológica. Tomadas en conjunto, se aprecia la utilidad de no perder de vista los discursos y sus efectos mientras también se examinan los espacios de práctica organizados en diferentes escalas geográficas.

Rabinow y Rose (2006: 196) destacan que el ejercicio del biopoder se configura a partir de discursos entrecruzados, y delimitan el estudio de la cuestión centrándose en “las formas de conocimiento, los regímenes de autoridad y las prácticas de intervención que son deseables, legales y eficaces”. Gran parte de su

esquema se basa en el reconocimiento de los “discursos de la verdad” que validan y normalizan las formas de conocimiento, los regímenes de autoridad y las prácticas de intervención que constituyen el biopoder. La biopolítica pasa a ser entendida como “todas las estrategias e impugnaciones específicas” (ibid) sobre esas dimensiones entrecruzadas del biopoder. Esto es, el estudio se centra en los efectos de los discursos, y analiza algunos de estos efectos en una serie de instituciones, tecnologías y estrategias específicas que intervienen en la salud de la población.

Los vínculos entre los discursos de verdad, el conocimiento, la autoridad y las intervenciones pueden ser sutiles. Los discursos de verdad que resultan relevantes para las cuestiones del biopoder y de la biopolítica pueden no tener una naturaleza biológica; pueden en cambio concernir a aspectos como la demografía, la vulnerabilidad, el riesgo e incluso la ética. Los discursos de verdad y de autoridad han de ser agrupados con las intervenciones administrativas y tecnológicas factibles tanto política como técnicamente para cimentar políticas (Speake 2011), pero los factores que determinan su aplicación pueden depender de una desigual correlación de fuerzas fuera de ellos.

Holloway et al. (2009) desarrollan las ideas de Rabinow y Rose (2006) y proponen un marco geográfico que ubica el biopoder en unas prácticas agrícolas organizadas en diferentes escalas. Se ocupan del caso de la intervención genética en la cría de ganado, y de las prácticas de conocimiento, los discursos de la verdad y las intervenciones que ayudan a realizar esas intervenciones genéticas en la constitución física del ganado. Concretamente sobre la cría de ganado, prueban la influencia del biopoder y de la biopolítica en los modos en que los ganaderos gestionan su ganado, tanto individualmente como dentro de las comunidades rurales, y también en redes de conocimiento nacionales e internacionales sobre la ganadería. Su análisis destaca que los discursos de la verdad “son configurados y privilegiados en relación con comunidades de práctica, formas de autoridad y aparatos de intervención particulares, que por separado tienen un alcance desigual en las poblaciones” (Kurtz 2015: 8).

Extrapolando a partir del caso concreto de Holloway et al., vemos que su esquema destaca que el biopoder se lleva a cabo y se resiste en diferentes niveles de interacción y práctica. Los discursos de la verdad y las atribuciones de la autoridad resuenan de forma dispar en diferentes escenarios, se articulan en diferentes niveles y habilitan y autorizan diferentes formas de intervención. En otras palabras, Holloway et al. ofrecen un enfoque útil para ubicar sobre el terreno los discursos de la verdad, la autoridad y las intervenciones destacadas en

el esquema planteado por Rabinow y Rose (2006) para investigar la actuación del biopoder y de la biopolítica. Con el objetivo de demostrar la utilidad de este enfoque, en los siguientes apartados analizo dos manifestaciones del biopoder en Estados Unidos a través de ese prisma: la expansión espacial de la reforma por la abstinencia y la pasteurización obligatoria de la leche a finales del siglo XIX y a comienzos del XX respectivamente. El alcance geográfico de tales regulaciones, impuestas por diferentes estamentos de gobierno, proporciona un mapa esquemático con el que explorar los espacios diferenciados del biopoder y de la biopolítica.

ABSTINENCIA

El movimiento por la abstinencia –esto es, la prohibición del consumo de alcohol– es una manifestación clara y temprana del biopoder en Estados Unidos. Las reformas por la abstinencia formaron parte de los movimientos reformistas de comienzos del siglo XIX que buscaban mejorar la fibra moral y el rendimiento económico de la ciudadanía. A medida que la economía nacional se industrializaba y urbanizaba, los efectos de la ingesta de alcohol, particularmente cuando se realizaba en exceso, se fueron haciendo más evidentes en los lugares de trabajo, en los espacios públicos y en los índices crecientes de violencia doméstica y de otras formas de violencia. Debido a que la ebriedad pública interfería más perceptiblemente en las interacciones sociales, y muy especialmente en las económicas, el consumo de alcohol se convirtió en materia de preocupación y tema de debate público. El movimiento por la abstinencia penetró en las configuraciones del orden público del siglo XIX mediante una serie de ordenanzas municipales que censuraban el consumo de alcohol en público, y posteriormente en cualquier circunstancia. Las leyes por la abstinencia venían motivadas por inquietudes morales, pero establecían esa corrección moral interviniendo en los cuerpos de los sujetos y en sus hábitos de ingesta, y por lo tanto en sus formas de vida social. Resumiendo, la reforma moral, promovida en parte por preocupaciones económicas, se dirigió hacia los hábitos corporales, e impulsó políticamente ordenanzas y leyes locales que favorecían la abstinencia.

A medida que el movimiento por la abstinencia cogía impulso, las ordenanzas municipales en Nueva Inglaterra crearon un mosaico de municipios “secos” y “mojados”, dependiendo de si en ellos el alcohol estaba prohibido o no. Esto es, el biopoder que limitaba la ingesta de alcohol tuvo una expresión desigual territorial y políticamente, no solo al modificar las conductas en unos sitios concretos, sino también el movimiento de unos sitios a otros. El biopoder de la

reforma abstemia se entrecruzó con patrones existentes en lo referido al transporte y a la interacción económica y creó un paisaje, lleno de matices y solo legible en parte, de restricciones dispares de la conducta individual.

Los promotores de la abstinencia, conscientes del alcance desigual de la reforma abstemia, y preocupados por la proliferación de bares, pubs y locales semejantes en los denominados pueblos “mojados”, persiguieron un cambio en el nivel estatal. En 1851, el estado de Maine, dentro de Nueva Inglaterra, se convirtió en el primero en aprobar una ley estatal que prohibía el consumo de alcohol. Una carta anónima, publicada en la *United States Magazine and Democratic Review* en mayo de 1852, recogía el descontento ante el alcance, simultáneamente expansivo e íntimo, de lo que ahora calificaríamos como biopoder. El autor escribía:

La esfera de libertad individual se verá reducida, en efecto, si queda fuera de ella lo que el hombre guarda bajo la piel, y los poderes del regulador se ampliarán sin duda si pueden actuar sobre la garganta de un ciudadano para explorar sus órganos digestivos. No caigo en grandilocuencia al afirmar que el esófago, el duodeno, los lácticos y los conductos capilares de los americanos nacidos libres son, o deberían ser, por derecho, inviolables eternamente; y si la Declaración de Independencia no vale para proteger los contenidos de nuestros estómagos y nuestras vejigas del análisis químico y de la controversia legislativa, es que ya ha llegado la horade hacer otra declaración que signifique algo.

Quiero llamar la atención sobre las líneas que se trazan aquí entre el control de los órganos que conforman el cuerpo humano, la escala sub-corporal, y el muy amplio ascendente político de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, un documento que articuló las condiciones de vida en (los futuros) Estados Unidos para un público global. La polémica de 1852 se refiere a espacios y escalas que atraviesan distancias físicas y conceptuales entre las escalas digestiva/biológica y las geopolíticas de actividad.

Estas distancias se salvaron políticamente mediante la estrategia espacial de conquistar terrenos cada vez más amplios, algo que persiguieron las reformas a favor de la abstinencia durante varias décadas. Eso de “lo que el hombre guarda bajo la piel [...] la garganta de un ciudadano [...] sus órganos digestivos” puede quedar técnicamente fuera del alcance del Estado, pero las estrategias espaciales biopolíticas de la reforma por la abstinencia buscaron imponer barreras entre los órganos digestivos y las bebidas infractoras. Al interferir en el acceso a las bebidas alcohólicas en unas franjas de territorio cada vez mayores, las leyes por la

abstinencia perseguían intervenir en el gobierno de los individuos de sus propios cuerpos. Doce Estados siguieron el ejemplo de Maine a lo largo de los cinco años siguientes, pero la ley de Maine fue revocada en 1856, y de nuevo, los otros Estados le siguieron los pasos.

El movimiento por la abstinencia no remontaría políticamente hasta después de la Guerra Civil. La reforma por la abstinencia de post-guerra siguió una estrategia espacial similar a la de preguerra, expandiéndose de los municipios a los condados, y de ahí hasta culminar en prohibiciones estatales de la producción y el consumo de alcohol. La reforma por la abstinencia encontró una acalorada oposición en múltiples palestras políticas, y las así llamadas facciones “húmeda” y “seca” continuaron discutiendo sobre, entre otras cosas, la legitimidad de una legislación y de unas enmiendas constitucionales que aspiraban a gobernar sobre el tracto digestivo.

Es importante recordar que las estadísticas gubernamentales –sobre las dinámicas de la población, sobre el crimen, sobre las cárceles, o sobre los índices de pobreza– fueron instrumentos clave para que los encargados responsables pudieran interpretar el abuso del alcohol y convertirlo en materia procesable. Una decisión del Tribunal Supremo en 1887 respaldando la prohibición del estado de Kansas de la manufactura de bebidas estupefacientes indica la importancia de estas estadísticas para el ejercicio del biopoder en una reforma por la abstinencia. El juez Harlan escribió sobre el caso Mugler contra Kansas que:

No podemos cerrar los ojos ante el hecho de que, con el conocimiento de todos, el consumo generalizado de bebidas alcohólicas puede poner en riesgo la salud pública; tampoco ante lo establecido por estadísticas accesibles al público general acerca de que la vagancia, el desorden, la indigencia y el crimen existentes en la nación son, en cierto grado, responsabilidad de este mal. (énfasis mío)

Los pormenores de la protesta política contra la reforma por la abstinencia desbordan las intenciones de este artículo. Aquí solo quiero hacer notar que la estrategia espacial de vincular la digestión humana con las restricciones se sustentó en parte en unas encuestas demográficas y fue imponiéndose sucesivamente en territorios cada vez más amplios hasta culminar en la Decimoctava Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, que prohibía la producción, la venta, el transporte y la importación de bebidas alcohólicas. La Decimoctava Enmienda entró en vigor en 1920, y fue revocada en 1933. Con la

Prohibición, el ascendiente del biopoder se extendió espacialmente por los cuadros políticos del gobierno hasta sumar todo el terreno político de los Estados Unidos.

La historia del movimiento por la abstinencia en Estados Unidos nos enseña el modo en que el biopoder llega a penetrar en los cuerpos de los sujetos, y cómo se implanta y es contestado por una acción política localizada. Entretanto la abstinencia se aprobaba localmente, los individuos podían evitar “los poderes [del Estado] sobre la garganta de un ciudadano” (op. cit.) con la estrategia espacial de evitar beber alcohol en los pueblos secos. La ampliación de los objetivos espaciales de los activistas por la abstinencia, de los municipios al Estado, y finalmente a todo el país, socavó las estrategias espaciales basadas en la movilidad que permitían sortear el alcance del biopoder. A la par que el radio de acción espacial del biopoder se extendía con leyes de la abstinencia, la espacialidad de las estrategias de resistencia cambió también, abriéndose espacios para la producción y el consumo ilegales de alcohol a través de los márgenes socio-espaciales: los denominados extrarradios, los distritos urbanos de las afueras, las trastiendas ocultas y los bares clandestinos subterráneos.

La prohibición nacional representó un fracaso político de una relativa corta existencia, no obstante. La población, como conjunto de sujetos biológicos, se mostró demasiado indómita en este punto, con sus tractos digestivos inviolables, como aseveraba el anónimo autor de la carta de 1852. Millares de bares clandestinos habían proliferado durante la Prohibición, al igual que redes criminales organizadas que traficaban con alcohol ilegal.

PASTEURIZACIÓN

Curiosamente, las causas de la reforma láctea y del movimiento por la abstinencia se solaparon en el tiempo, durante los movimientos reformistas de corte religioso de principios del siglo XIX, y en la política de la Era Progresista que forma la base de la regulación láctea hoy en los Estados Unidos. En cada uno de estos movimientos reformistas podemos ver la manifestación del biopoder –el poder que toma como objetivo la vida biológica–, dando origen a técnicas, tecnologías, expertos y aparatos (Rose 2001) que “medicalizan a la población” (Foucault 2003).

La Era Progresista (1890-1920) fue el resultado de una confluencia de iniciativas a favor de la modernización y el progreso en campos como la industria, la educación, el hogar y la salud pública. De igual manera que la abstinencia volvió

a ganar atractivo político en esos años, la reforma láctea se convirtió en un tema fundamental para muchos profesionales de la salud, productores y distribuidores de leche y funcionarios del Estado. Muchas de las reformas de la Era Progresista se impulsaron bajo la creencia de que la ciencia podía contribuir al progreso humano: la evolución de las ciencias biológicas avanzaba en paralelo al mayor campo cubierto por la estadística demográfica para recomendar nuevas técnicas y aparatos que gestionaran la salud pública. Los llamamientos para que el Estado supervisara el sistema lácteo concordaban con peticiones más generales para proteger al consumidor (Smith-Howard 2014), unas peticiones viables gracias a las tecnologías del conocimiento que llamaban la atención sobre la necesidad de tal protección.

La leche juega un papel paradójico en los sistemas modernos de nutrición humana. Desde hace mucho ha estado vinculada a ideas de pureza y perfección, pero también puede alojar un número considerable de patógenos, algunos de ellos mortales. En el paso del siglo XIX al siglo XX, las estadísticas demográficas registraban unos índices terriblemente altos de mortalidad infantil en las ciudades estadounidenses a causa de la leche de vaca, especialmente durante los meses de verano, en los que la leche se estropeaba al cabo de un par de días. Estas estadísticas demográficas dispararon la inquietud sobre los peligros de la leche (Wright y Huck 2002; Du Puis 2002). En esas décadas de veloz urbanización propulsada por la abundante inmigración, se reducía cada año el número de personas con acceso a la “leche del campo”, fresca y recién ordeñada, y se incrementaba el número de habitantes urbanos que consumían leche de vacas criadas en condiciones insalubres, o conservada en recipientes deficientes y sin refrigerar, leche que en muchos casos era transportada por tren desde largas distancias, y también leche adulterada con serrín, harina y agua. La leche de vaca es un medio propicio para el desarrollo de patógenos, y así pues la extensión del consumo de leche antihigiénica causó la enfermedad y la muerte de muchos consumidores, la mayoría de ellos niños (Du Puis 2002; Wright y Huck 2002; Smith-Howard 2014).

Como parte de un esfuerzo más amplio para mejorar la salud de la población, los reformistas de la Era Progresista disuadieron a las mujeres de dar de mamar a sus bebés, y las animaron en cambio a alimentarlos con leche de vaca, bajo la creencia de que la lactancia minaba la fuerza de la madre y reducía su capacidad para gobernar debidamente su hogar (Smith-Howard 2014). Como resultado de esto, Smith-Howard (2014: 12) observa que “entre 1900 y 1920, la *línea nutricional* que en un tiempo constituyó un vínculo privado entre la madre y el niño se convirtió en un asunto de intensa preocupación pública”. Esta inquietud

tuvo su eco en la prensa, en conferencias de expertos en salud, en varias regulaciones sobre la leche, y en juicios donde se dirimían las ventajas y la legalidad de ordenanzas y legislaciones que aspiraban a mejorar la oferta láctea. La “cuestión de la leche” constituyó el asunto sobre salud pública más importante de la época, como observó el tribunal en el caso Rigbers contra la ciudad de Atlanta: “La leche no es un lujo, es una necesidad [...] Los bebés, la *dulce semilla de maíz de la estirpe*, dependen prácticamente de ella” (citado en Wright y Huck 2002: 59, énfasis mío).

En un elocuente paralelismo con la yuxtaposición de los órganos digestivos y la Declaración de la Independencia que proponía la carta anónima de un opositor a la Ley Seca de Maine de 1851, el debate público sobre la cuestión láctea vinculaba el gobierno de la digestión y las inmunidades humanas en la escala corporal con un imaginario comunitario de la estirpe (nación).

La biología humana había ocupado un lugar central en el largo debate protagonizado por los productores y distribuidores de leche, los médicos, los reformistas sociales, los expertos en salud pública y las estructuras de poder urbanas, condales y estatales. La cuestión no era tanto si había que ejercer el poder sobre los cuerpos de los sujetos, sino cómo. La salud del pueblo, de la mano de obra, de la propia nación, estaba en riesgo. Dicho sin rodeos, la productividad de la economía se encontraba en peligro.

En lo que respecta a la cuestión de cómo debía resolverse el problema de la leche, y cómo habría de ejercerse el biopoder, la pasteurización, como una técnica para hacer la leche más apta para el consumo, había comenzado a introducirse en la década de los ochenta del siglo XIX, desencadenando un acalorado debate en los años siguientes. Muchos médicos prominentes clamaron en contra del tratamiento, argumentando que cocinar la leche destruía los nutrientes que daban valor al alimento. En lecherías urbanas del interior se desarrollaron elaborados y caros sistemas para certificar la calidad de la leche, que requerían de pequeños ejércitos de inspectores para comprobar la limpieza y la salubridad del producto. La certificación era tan costosa que elevó el precio de la leche hasta hacerla inasequible para un vasto número de consumidores de la clase trabajadora urbana, y acabó creando prácticamente una élite para la cual no estaba vedado el consumo de leche de primera. Este desenlace iba en contra de los propósitos de los reformadores progresistas que buscaban mejorar las condiciones de vida de todo el mundo, pero especialmente de los pobres de las ciudades. La pasteurización acabaría siendo aceptada (con recelo en varios círculos) por su coste razonable y su logística viable.

A medida que la pasteurización se trasladaba de los márgenes al centro del consenso político, la trayectoria espacial de las leyes por la pasteurización obligatoria imitó a la de las reformas por la abstinencia, expandiéndose más allá de las ordenanzas municipales hasta culminar en leyes regionales y estatales. Las zonas urbanas fueron las primeras en aprobar ordenanzas que exigían que la leche fuera pasteurizada (Wright y Huck 2002). Algo relevante para la espacialidad del biopoder en el caso de la leche, las granjas solían estar ubicadas a unos 150/250 kilómetros de los principales mercados urbanos, y así pues, la regulación del consumo de leche en una ciudad determinada –la obligación de acatar la pasteurización– suponía controlar una producción que sucedía a varios kilómetros de esa ciudad. El cuidado puesto para intervenir en las líneas nutricionales de los consumidores urbanos se tradujo, finalmente, en nuevos requisitos para los modos de operar de las granjas y su organización industrial que se decidían a varios cientos de kilómetros.

La ciudad de Milwaukee, en Wisconsin, adoptó una ordenanza municipal para la pasteurización en 1914 que exigía que toda la leche vendida en la ciudad fuera certificada, inspeccionada o pasteurizada. La ordenanza fue llevada a los tribunales en más de una ocasión (Wright y Huck 2002), en una campaña más amplia para resolver las regulaciones lácteas en numerosos tribunales. En 1913, el Tribunal Supremo de Wisconsin dictaminó en el caso Adams contra Milwaukee que los municipios tenían el derecho de controlar la producción de leche fuera de los límites de la ciudad (Smith-Howard 2014). En un juicio contra la ciudad de Milwaukee siete años más tarde, Pfeffer contra Milwaukee, los productores de leche cuestionaron la ordenanza argumentando que perjudicaba a sus negocios y no favorecía realmente la salud pública. Como demandantes, explicaban que:

La pasteurización prescrita no favorece la salud pública, porque la leche que sale de ese proceso está deteriorada como alimento, y no destruye las bacterias patógenas de la leche, y de ningún modo consigue que la leche sea más sana o se conserve más sana como alimento, y la leche que se somete a este proceso de pasteurización no es tan rica, saludable ni de buena calidad como la leche que procede natural y directamente de las vacas (Arthur 1920: 516).

Smith-Howard (2014) señala que la producción de leche en cualquier caso depende extraordinariamente de la intervención humana, incluso cuando se la promociona como “naturalmente pura”. Al observar la historia de la producción láctea desde el prisma del biopoder, queda claro que estas intervenciones en la alimentación, la nutrición y la salud humanas se concentran en gran medida en

gestionar las condiciones de vida del ganado y los patógenos alojados en la leche. Estas intervenciones buscan un “equilibrio entre la utilización de las materias primas de la naturaleza y la libertad para que los procesos biológicos prosperen” (Smith-Howard 2014: 11). Pfeffer et al. pusieron en tela de juicio la eficacia y la legitimidad de la actuación mediante la pasteurización, alegando que la leche fresca natural de la vaca posiblemente sería más segura para la biología humana. Como observan Rabinow y Rose (2006), los discursos de la verdad a menudo giran sobre cuestiones más allá de la biología. Desde que se introdujo la pasteurización en la producción láctea, las dudas sobre qué es lo “natural” han figurado en los discursos de la verdad al abordar los beneficios de esa técnica.

Al mismo tiempo que Pfeffer et al. cuestionaban la eficacia de la pasteurización, el Tribunal Supremo de Wisconsin seguía insistiendo en los beneficios del proceso como algo de sentido común. En una decisión que apoyaba la jurisdicción más allá de los límites de la ciudad, el Tribunal establecía que:

La salud pública demanda que la leche y todos los productos lácteos sean puros y sin merma. El sentido común también nos dice que la leche contiene organismos deletéreos que la vuelvan no apta para el consumo. Se sabe que pueden infectar fácilmente la leche los gérmenes que requieren una atención especial y un tratamiento durante la producción y la distribución de la leche como artículo de consumo. El conocimiento científico de estos hechos y del mejor método para pasteurizar la leche para el consumo humano y asegurar su producción y distribución óptimas son hechos tan generalmente consabidos y comprendidos que los tribunales han de tomar nota judicialmente (Arthur 1920: 517).

La tensión existente entre las interpretaciones enfrentadas de la ciencia y el sentido común, evidenciada en el caso de Pfeffer, pone de relieve que los discursos de verdad no son universales. Como señalan Rabinow y Rose (2006), los discursos de verdad autorizan diversas intervenciones, pero como estos relatos biopolíticos sobre la abstinencia y la pasteurización demuestran, lo hacen dentro de unas configuraciones institucionales determinadas para la generación de conocimiento. Weisbecker (2007: 69) apunta que la regulación láctea fue “desigual” a nivel local, condal y estatal, lo que le hace concluir que “la capacidad para vender y comprar leche fresca estuvo más condicionada por la naturaleza social y política de una jurisdicción concreta que por el conocimiento científico”.

Mientras que al revocarse la Prohibición la regulación del consumo de alcohol volvió a la esfera más local, a la vez que a la periferia del debate público

mayoritario, la pasteurización obligatoria de la leche ha sido resistida durante décadas. La leche sigue siendo regulada estatalmente, mediante un mosaico de regulaciones que adoptan diferentes posturas hacia la leche no pasteurizada (fresca). Actualmente, la leche fresca puede ser adquirida legalmente para el consumo humano en once Estados: el acceso a este tipo de leche está restringido en diferente grado en los treinta y nueve Estados restantes (Asociación Nacional de Departamentos Estatales de Agricultura, 2011). La única legislación federal sobre leche líquida prohíbe el transporte de leche fresca lista para la venta a través de las fronteras estatales, lo que implica que toda la leche fresca producida ha de ser comprada y consumida en el mismo Estado en que se produjo. Dado el disperso mapa de productores de leche fresca, legal o de otro tipo, los productores de leche fresca más afanosos han desarrollado redes y cooperativas de consumidores que llegan a transportar la leche fresca de unos Estados a otros. En los últimos años, se han archivado los pleitos en los que la Administración de Alimentos y Medicamentos estadounidense aparecía implicada como demandante o como acusada, con independencia de que la intención fuera ampliar o restringir el acceso a la leche sin pasteurizar.

LA BIOPOLÍTICA DE RESISTENCIA

De manera significativa, la resistencia a la obligación de pasteurizar la leche está en auge en Estados Unidos. Un relato detallado de la lucha política por el acceso a la leche fresca sobrepasa los límites de este artículo (véase en cambio Gumpert 2014; Leving 2009; Kurtz, Trauger y Passidomo 2013). No obstante, me gustaría destacar aquí que las abundantes inspecciones en explotaciones lácteas realizadas por agentes estatales y federales, y la actitud más bien agresiva de la autoridad policial en estas operaciones y en actuaciones similares, han tenido un efecto boomerang y generado una resistencia creciente. Las cooperativas de consumidores y otros puntos de venta de leche fresca operan en Estados donde son legales, así como en otros donde no lo son; por otro lado, han tenido lugar numerosos juicios sobre la distribución de leche fresca. Las ventajas de la leche fresca y de la leche pasteurizada son también la materia de un agitado debate en la blogosfera dedicada a la comida alternativa, al igual que las ventajas y los desenlaces de esos juicios y de otros procedimientos. Un recuento detallado de la espacialidad de esas maquinaciones rebasa las intenciones de este artículo, pero dos estrategias relacionadas de resistencia política concuerdan con la expansión espacial del biopoder regulatorio tal como se ha descrito antes. Ambas se han originado en Nueva Inglaterra, y cada una sigue la estrategia espacial de aprobar

leyes en estamentos menores de gobierno para crear el impulso que lleve estas medidas a estamentos más altos y/o a cubrir mayores extensiones de territorio.

En Maine, los granjeros activistas han creado una estrategia popular y desde la base para, a través de los plenos locales, expandir el apoyo a un acceso más libre a los alimentos que el Estado considera cuestionables, entre ellos la leche fresca. Los Estados de Nueva Inglaterra han conservado la tradición de la asamblea local de diferentes maneras, y en Maine las ordenanzas que se aprueben a mano alzada, a viva voz, o por votos pueden convertirse en leyes locales. El derecho preferente de compra limita el alcance de las ordenanzas locales, pero para cuestiones que tienen una dimensión en esencia local, las leyes pueden aprobarse mediante el voto directo. Durante los cuatro últimos años, dieciséis localidades de Maine (de 470) han aprobado ordenanzas locales que protegen la venta directa de productos de granja, del granjero al consumidor, frente a los requisitos reguladores que dirigen un sistema alimentario más industrial. Tales ordenanzas abren de hecho espacios de resistencia al biopoder que exige la pasteurización de la leche y otra serie de prácticas en la agricultura. Quienes apoyan la ordenanza rechazan la intrusión del Estado en sus tractos digestivos, y argumentan que sus propios modos de vida, de conocimiento, usos de agricultura y hábitos alimenticios deben prevalecer sobre las regulaciones del Estado en lo que atañe al cuidado de su propia salud y su bienestar biológico.

El biopoder se vincula con el interés del Estado por la salud de la población trabajadora, y ya se han señalado las razones para las diferentes expresiones del biopoder en los sistemas alimentarios (Brooks 2005; Nally 2010; Speake 2011). Muchos de los activistas por la ordenanza adoptan una postura política anti-corporativa, y rechazan las regulaciones estatales sobre comida y agricultura en parte porque estas dan preferencia a la agricultura industrializada y a gran escala, en claro detrimento de las explotaciones de menor tamaño.

El activismo por la ordenanza ha terminado siendo un catalizador en la política alimentaria de todo el país, y del Estado de Maine. Mientras que los legisladores continúan intentando introducir leyes estatales que se acercan a las protecciones manifestadas en la ordenanza, la estrategia política conducente a proteger “la esfera de libertad individual [referente a] lo que el hombre guarda bajo la piel” (obra citada) sigue aspirando a extenderse espacialmente por las jurisdicciones locales desde las bases. La esperanza de los activistas es que, una vez alcanzado el umbral crítico de la ordenanza municipal, la resistencia biopolítica pueda ganar más influencia política en la sede de la legislatura estatal frente a las regulaciones sobre comida y agricultura que someten al juicio personal.

En un desarrollo conceptualmente paralelo, está en marcha una moción para introducir nuevas leyes en las legislaturas estatales de seis Estados de Nueva Inglaterra que exijan que las comidas comercializadas en cada Estado con Organismos Genéticamente Modificados (OGM) incluyan estos en las etiquetas junto a los demás ingredientes. Cada ley exigirá que todos los Estados adyacentes aprueben la misma ley para que esta entre en vigor. Los debates sobre las ventajas de los organismos genéticamente modificados en los productos comestibles, así como sobre los requisitos en el etiquetado, son profundamente biopolíticos, y giran alrededor de los discursos de verdad, de las diferentes intervenciones que autorizan los discursos enfrentados, y de una serie de tecnologías del conocimiento que descifran diferentes dimensiones de la cuestión de los OGM para los diversos públicos.

Una estrategia principal de los promotores de los OGM ha sido ocultar información sobre el empleo de estos organismos en los productos alimenticios. Del mismo modo que el Tribunal Supremo de Wisconsin valoraba la difusión del conocimiento científico sobre la pasteurización como parte del saber común, los defensores de los OGM reconocen de hecho la importancia de la divulgación sobre la modificación genética. Pero mientras que la justicia ha reconocido que tal conocimiento se había difundido ampliamente y por lo tanto podía originar jurisprudencia, los defensores de los OGM buscan limitar la expansión del conocimiento sobre los OGM en la comida para así limitar las posibilidades de una legislación adversa. La expansión espacial de la iniciativa política para exigir el etiquetado de OGM en la comida comercializada en Nueva Inglaterra obedece en parte a las condiciones de mercado, pero también parece diseñada para catalizar la expansión del conocimiento y fomentar el debate sobre el uso de OGM en la producción de comestibles. La expansión de los requisitos sobre el etiquetado capacita a un número de gente cada vez mayor para participar con conocimiento de causa en el cuidado de su propia biología.

Los casos de las múltiples ordenanzas locales que buscan proteger las sendas alimentarias y las prácticas biológicas locales ponen de relieve la espacialidad de las estrategias de la biopolítica de igual forma que la legislación estatal que persigue aglutinar las demandas de información con que gestionar la salud biológica. La biopolítica opone resistencia a los efectos del biopoder, y lo hace en palestras determinantes y concretas marcadas por una correlación desigual de fuerzas. Los discursos de la verdad –sobre las ventajas y los peligros de la leche fresca, sobre el criterio de granjeros y consumidores sobre la comida sana, sobre las ventajas o los peligros de los alimentos genéticamente modificados– circulan con desigual suerte en la sociedad. Los discursos de la verdad hacen causa común

en algunos escenarios, donde autorizan unas intervenciones y descartan otras. Algunas instituciones, como la tradición de las asambleas locales, posibilitan la participación directa en la biopolítica, mientras que otras filtran esa participación a través de la representación política indirecta o de la judicatura. Este repaso, necesariamente esquemático, quiere poner de relieve la persistente espacialidad y la irregularidad tanto del ejercicio del biopoder como de la biopolítica de resistencia.

CONCLUSIÓN

Así como las regulaciones sobre agricultura se desarrollan, bajo el auspicio de la Ley de Seguridad y Modernización de los Alimentos de 2010, para extender su radio de acción, convirtiéndose potencialmente en más invasivas, en el futuro será importante examinar críticamente el ejercicio del biopoder contemporáneo en el sistema alimentario. Este artículo ha buscado subrayar la utilidad del análisis de la expresión espacial del biopoder, así como de los modos en que los discursos de verdad que fomentan el biopoder y la resistencia biopolítica penetran en palestras condicionadas por intereses y jerarquías. Pensar espacialmente sobre biopolítica concierne con la atención dedicada por Foucault a los “modos concretos en los que el poder llega a penetrar en los cuerpos y formas de vida de los sujetos” (Agamben 1998: 5). Los prismas del biopoder y de la biopolítica esclarecen puntos importantes de la regulación sobre comida y agricultura, así como de múltiples otras formas de política alimentaria. Los estudios sobre política alimentaria pueden ser usados, por su parte, para arrojar más luz sobre las dinámicas del biopoder y de la biopolítica.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, G. (1998): *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, Nueva York, Meridien.
- ARTHUR, F.W. (1920): *Wisconsin Reports: Cases Determined in the Supreme Court of Wisconsin*, 10 de febrero-1 de junio, 1920, Vol. 171, Banta Publishing, Menasha, Wisconsin.
- ASOCIACIÓN NACIONAL DE DEPARTAMENTOS ESTATALES DE AGRICULTURA (2011): *Regulation of Raw Milk 50-State Survey*. <http://nasda.org>.

- BRAUN, B. (2007): "Biopolitics and the molecularization of life", *Cultural Geographies*, 14: 6-28.
- BROOKS, S. (2005): "Biotechnology and the politics of truth: from the green revolution of the evergreen revolution", *Sociologia Ruralis*, 45 (4): 360-379.
- DUPUIS, E. (2002): *Nature's Perfect Food*, Nueva York, Nueva York University Press.
- EIDEN, S. (2007): "Governmentality, Calculation, Territory", *Environment and Planning D: Society and Space*, 25(3): 562-80.
- FOUCAULT, M. (2003): *Society Must be Defended: Lectures at the College de France, 1975-76*, ed. M. Bertani y A. Fontana, ed. A. Davidson, trad. D. Macey, Nueva York, Picador.
- FOUCAULT, M. (2008): *The Birth of Biopolitics: Lectures at the College de France, 1978-79*, ed. M. Senellart, F. Ewald y A. Fontana, (en inglés) ed. A. Davidson, trad. G. Burchell. Basingstoke, Palgrave MacMillan.
- GUMPERT, D. (2009): *The Raw Milk Revolution: Behind America's Emerging Battle Over Food Rights. White River Junction*, VT, Chelsea Green Publishing.
- HANNAH, M. (2011): "Biopower, life and left politics", *Antipode*, 43(4), pp. 1034-1055.
- HOLLOWAY, L., MORRIS, C., GILNA, B. y GIBBS, D. (2009): "Biopower, genetics and livestock breeding: (re)constituting animal populations and heterogeneous biosocial collectivities", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 34(3): 394-407.
- HOPKINS, R. (1925): "The Prohibition and Crime", *The North American Review*, 22(28): 40-44.
- KURTZ, H. (2015): "Scaling Food Sovereignty: Biopolitics and the struggle for local control of farm food in rural Maine", *Annals of the Association of American Geographers*, 105(4): 1-19.
- KURTZ, H., TRAUGER, A. y Passidomo, C. (2013): "The contested terrain of biological citizenship in the seizure of raw milk in Athens, Georgia", *Geoforum*, 48: 136-144.
- LATOUR, B. (1988): *The Pasteurization of France*. Trad. A. Sheridan y J. Law. Cambridge, MA, Harvard University Press.
- LEVING, J. (2009): "New culture war: Raw milk fans vs. FDA, CDC", *USA Today* (16 de octubre) p. 3A.

- NALLY, D. (2011): "The biopolitics of food provisioning", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 36: 37-53.
- NICHOLS, W., MILLER, B. y BEAUMONT, J., eds. (2010): *Spaces of Contention: Spatialities and Social Movements*, Nueva York, Ashgate.
- PAXON, H. (2008): "Post-Pasteurian culture: The microbiopolitics of raw-milk cheese in the United States", *Cultural Anthropology*, 23 (1): 15-47.
- PFEFFER vs. MILWAUKEE, 171 Wis. 514 (1920).
- RABINOW, P. y ROSE, N. (2006): "Biopower today", *BioSocieties*, 1: 195-217.
- ROSE, N. (2001): "The politics of life itself", *Theory, Culture and Society*, 18(6): 1-30.
- SCHLOSSER, K. (2008): "Biopolitical geographies", *Geography Compass*, 2: 1621-1634.
- SMITH-HOWARD, K. (2012): *Pure and Modern Milk: An Environmental History Since 1900*, Oxford, Oxford University Press.
- SPEAKE, M. (2011): "Infectious milk: issues of pathogenic certainty within ideational regimes and their biopolitical implications", *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*. doi:10.1016/j.shpsc.2011.06.002.
- WEISBECKER, A. (2007): "A legal history of raw milk in the United States", *Journal of Environmental Health*, 69 (8): 62-63.
- WHATMORE, S. (1995): "From farming to agribusiness: The global agro-food system, en R.J. Johnston, Peter Taylor and Michael Watts (eds.), *Geographies of Global Change: Remapping the World in the Late 20th Century*, Oxford, Blackwell, pp. 36-49.
- WRIGHT Y HUCK (2002): "Counting cases about milk, our 'most nearly perfect' food, 1860-1940", *Law and Society Review*, 36 (1): 51-111.

Recibido: 9 de julio de 2015

Aceptado: 20 de agosto de 2015

Hilda Kurtz es profesora asociada en el Departamento de Geografía de la Universidad de Georgia en Athens, Georgia (Estados Unidos). Actualmente investiga sobre las apuestas biopolíticas en la controversia sobre el acceso a productos alimenticios como la leche cruda y los alimentos de producción local – productos locales testados–. Ha publicado principalmente en revistas de geografía como *Geoforum*, *Antipode*, *Urban Geography*, *Space and Polity*, *Gender, Place and Culture* ó *Geographical Review*. Actualmente está trabajando en un libro sobre la comida y el autogobierno de la comunidad local.

hkurtz@uga.edu